El Viaje (Editado)

P.Vanrretea (Annisa)

Capítulo 1

El Viaje

Mariza no consideraba que tenía una vida perfecta, pero si una tranquila y llena de felicidad. Jamás tuvo la necesidad de quejarse por las cosas que le ocurrían, aunque estas no fuera las mejores. Siempre afrontó todo con una sonrisa en el rostro puesto que siempre creyó el en lema "al mal tiempo, buena cara". Sentía que esa era la única forma de salir de adelante, aunque el pronóstico no aventurara nada bueno.

Tal vez por esta ideología, dedicó parte de su vida al servicio social. Creyó necesario entregar una parte de sí misma y hacer ver al resto del mundo que no todo en esta vida era malo. Que a pesar de las complicadas circunstancias que una persona se podía enfrentar, tenía una solución; aunque esta no se viera a simple vista.

Así fue como encontró el amor de su vida. Roberto, al igual que Mariza, creía que el cambio no estaba en las leyes que dictaminaba un gobierno o en las propuestas de los diferentes partidos políticos, sino que todo partía por la sociedad misma. Ambos iniciaron una aventura que pensaron que jamás tendría término; sin embargo, estaban equivocados. Después de cinco años de noviazgo y dos de matrimonio, la vida de Roberto y Maritza cambió totalmente. Ninguno de los dos estaba preparado para que el destino le hiciera esa jugarreta.

Una mañana, Mariza despertó y vio como Roberto estaba de pie al lado de la ventana observando todo lo que estaba pasando en la calle. Maritza supo en seguida que su querido marido no estaba mirando absolutamente nada, sino que estaba perdido en sus pensamientos. Algo que ocurría muy a menudo. Se mantuvo en silencio mientras observaba el perfil de Roberto. Lucía cansado, podía ver que debajo de sus ojos verdes tenía las ojeras muy marcadas; sin lugar a dudas, una clara señal de cansancio.

Incluso estaba más delgado, era como si Roberto se estuviera consumiendo. Lamentablemente, aquella batalla le estaba pasando la cuenta… a ambos.

Justo en ese momento, vio por el rabillo del ojo que alguien había entrado a la habitación. Cuando se dio la vuelta para ver quién era, se dio cuenta de que se trataba de una mujer muy hermosa vestida de blanco. Usualmente, recibía aquella visita cuando estaba sola. Encontró bastante extraña su presencia, sobre todo cuando Roberto aún estaba allí.

—Hola —saludó Mariza. —No pensé que vendrías pronto a visitarme.

—¿Por qué? Te dije que vendría a acompañarte. ¿Cómo has estado?

—Yo estoy bien, pero… estoy preocupada por Roberto.

Mariza volvió a fijar su mirada en su marido, quien permanecía quieto en el mismo sitio de antes, ajeno a la conversación que estaba manteniendo ella.

—Te entiendo. —respondió la mujer. —Pero descuida, estoy completamente segura que él va a estar bien.

—¿En serio?

—Desde que he venido a verte jamás te he mentido ¿No es cierto?

—Claro que no, pero aun así no puedo evitarlo...

—Debes de tenerle más confianza. Roberto es fuerte, podrá salir de esto.

—Eso espero, pero verlo en ese estado es… difícil.

—Tienes que dejar que él continúe tirando de ti.

—Es difícil poder hacerlo. No quiero lastimarlo.

La mujer sonrió ante la respuesta de Mariza. Desde que la visitó por primera vez supo que era una mujer especial.

—Usualmente, no hago esto, pero creo que tu más que nadie se lo ha ganado.

—¿Qué cosa? —preguntó Mariza más curiosa que confundida.

—Ven. Acércate.

Mariza se acercó a la mujer para ver qué era lo que tenía que mostrarle. Desde hace cuatro meses que aquella mujer la visitaba, y cuando estaba con ella sentía una paz y tranquilidad que no podía describir. Era… mágico.

La mujer estiró su mano para mostrarle una flor blanca muy hermosa que jamás había visto. La tomó con cuidado y la acercó a su nariz para poder sentir el olor de la flor. Jamás había sentido tal aroma, tanto que ni siquiera podía describir su esencia.

—Es… no sé cómo explicarlo, porque creo que la palabra hermosa se queda corto. Y digo lo mismo del aroma. ¿Qué tipo de flor es?

—Se llama Esperanza.

—Esperanza. —repitió Mariza. —Jamás había escuchado de ella. ¿Dónde crece?

—En un lugar muy bello, pero está un poco lejos.

—Tal vez un día me lleves a ese lugar.

—Tal vez —sonrió. —Pero no te la enseñé por eso.

—¿Entonces?

—Antes que nada, creo que es mejor que te revele la razón del por qué he venido a verte, otra vez.

—Pensé que era para hacerme compañía, como las veces anteriores.

—No. Hoy no he venido por eso. He venido para llevarte.

—¿Llevarme? ¿Ya es hora?

—Sí. Ya no queda más tiempo.

—Pero… Roberto….

—Él va a estar bien, ya te lo dije. Pero si tienes dudas, ve bien la flor.

—¿Qué pasa con la flor?

—Revisa entre sus pétalos.

Haciendo caso a la mujer, Mariza, con mucho cuidado, revisó los pétalos de la flor. A simple vista no encontró nada, pero estaba equivocada. Cuando estaba a punto de darse por vencida vio el nombre de Roberto

grabado junto con el nombre de otra mujer. Cecilia.

—Roberto y Cecilia —leyó Mariza en voz alta

En ese instante, comprendió a la mujer. A pesar de su partida, Roberto no estaría solo, y tenía que reconocer que, en fondo de su corazón, ese era su mayor miedo.

—¿Ahora lo comprendes? —preguntó la mujer a Mariza.

—Sí.

Mariza se dio la vuelta para ver a Roberto, quien no estaba junto a la ventana, sino que estaba sentado junto a la cama a su lado mientras sostenía su mano. Era bastante extraño verse en aquel estado, conectada a un montón de máquinas. Pero como había escuchado durante esos cuatro meses, éstas la mantenían con vida.

Se acercó a Roberto y le acarició el cabello como solía hacerlo cuando estaban solos en la intimidad de su hogar. Se acercó al oído y le susurró.

—Suelta mi mano.

Roberto, sintió un aire cálido que le rozaba la cabeza. Por un instante, pensó que era Mariza, pero inmediatamente desechó la idea. Aquello no podía ser posible. Sin embargo, cuando dejó de sentir aquella calidez, las máquinas que mantenía con vida a su esposa comenzaron a sonar estrepitosamente. Sin alcanzar a emitir algún tipo de alarma, varios doctores y enfermeras entraron en la habitación para ver qué pasaba.

Mientras que aquel caos permanecía en la habitación, Mariza tomó de la mano de la mujer para iniciar su último viaje.

FIN